

da; Pablo y Bernabé á los de Lystra, Ionio y Antioquia de Pisidia; el mismo Pablo, acompañado de Silas, visitó las Iglesias de Siria y de Cilicia. (Act. IX. 32—XIV 20, 21, 22—XVI. 36 41.) Y si en los monumentos eclesiásticos de los siglos inmediatos al apostólico no se encuentra mención frecuente de esta parte de la solicitud pastoral, es debido á que en ellos el número de los Obispos era tal, que casi no habia ciudad ó población de alguna importancia, que no tuviera su Pastor propio: y esto explica cómo, á principios del siglo V, en Africa, sólo en seis provincias, hubiese cuatrocientos setenta obispados católicos. Pero aun en ese tiempo, y en esas circunstancias, era atendido el deber de la Visita pastoral, siempre que los diocesanos no estuviesen todos en el radio de la ciudad matriz; y de ello hacen mención expresa San Juan Crisóstomo, San Jerónimo y San Agustín. Despues, cuando disminuido el número de los Obispos y extendidos los términos de la diócesis de cada uno, habia en ellas poblaciones muy apartadas de las capitales, los Concilios se ocuparon con mucha frecuencia é insistencia en ordenar las Visitas episcopales y establecer las reglas que en ellas debieran observarse: entre otros muchos; en la Iglesia de España el de Tarragona del año 516, can. 8; el de Braga de 572 can. 2; el de Toledo, año 633, can. 36; y en la Iglesia universal, el Ecuménico de Trento (Séss. XXIV. cap. 3.º de Reformat.); á cuya observancia proveyó nuestro Concilio III Mexicano (Lib. III. tit. I. De visitation. propr. provinciæ.)

El Ilmo. Sr. Camacho desempeñó ese oficio de la pastoral solicitud con todo el celo que le caracterizaba; arrostrando en ello grandes padecimientos físicos, y venciendo muchas dificultades que la topografía de la diócesis de Querétaro ofrece para ser recorrida en toda su extensión; que es de mil trescientas leguas cuadradas, no sólo á un anciano valetudinario; sino aun al que se encuentra en plena salud y en edad floreciente. Aunque la diócesis no tiene más que diez y nueve Parroquias, ellas están de tal suerte diseminadas que alguna se encuentra situada á cincuenta leguas de la ciudad episcopal; y las más, ubicadas en localidades muy accidentadas de la Sierra Madre. Así es que, pocas Parroquias están comunicadas por vías carreteras, las más solo cuentan con malos caminos de herradura, practicables no en caballos, sino, en mulas; y para llegar á algunas es preciso caminar no pocas leguas á pié. Esto hace necesario que algunas Parroquias tengan subalternadas lejanas Vicarías, que demandan el mismo cuidado que sus matrices.

Por estas indicaciones sobre las localidades, se puede formar juicio de los trabajos y esfuerzos que costaria al Ilmo. Sr. Camacho el recorrer toda su diócesis; adoleciendo de enfermedades que le hacian, no sólo molesto, sino doloroso el ejercicio ya no á pié, pero aun á caballo y en carruaje. Y sin embargo, visitó todas las Parroquias y todas sus Vicarías; algunas dos veces y varias aun tres, como consta oficialmente por el Libro de Visitas, y por el informe que periódicamente se eleva á la S. Sede sobre el estado del gobierno de cada diócesis. ¹

Pero no creemos por demás el entrar en algunos detalles relativos á las Visitas episcopales del Ilmo. Sr. Camacho; ateniéndonos á informes seguros que sobre ellos hemos adquirido. En 13 de Setiembre de 1871, escribia de Cadereita el mismo señor: "Ando en la Visita desde Mayo. Ahora voy, Dios mediante, para San Pedro Toliman;" y en este pueblo fechaba en 5 de Octubre su Carta Pastoral núm. V: es decir, cuando llevaba seis meses de andar sufriendo todas las penalidades de un valetudinario que viaja. En 25 de Noviembre de 1872 escribia de la mision de Bucareli: "Llegué á este pueblito hecho pedazos, despues de caminar todo el dia 20, parte á mula y parte á pié, diez ó doce leguas, en cuevas y precipicios elevadísimos; tales como las llamadas *Quitassueño* y *Media luna ó Espinazo del Diablo*..... Gracias á Dios estoy bueno, y con ánimo de ir en estos dias al Pinal de Amoles, que es el punto más alto de la Sierra." Y el 5 de Diciembre del mismo año, escribia del Pinal de Amoles: "Ayer llegué bueno á este pueblo, despues de cuatro jornadas algo penosas: mañana continuaré, Dios mediante, para Ahuatlan." Así podriamos marcar muchas de las trabajosas etapas del itinerario apostólico de nuestro Obispo.

En esas trabajosas excursiones no se hacia acompañar de numerosa comitiva; no se hacia proporcionar ni las comodidades que puede disfrutar un viajero pobre. En una vez que el Ilmo. Sr. Camacho se pro-

¹ Nos referimos á las Parroquias de fuera de la ciudad episcopal. Las tres que están bajo de la campana de la Matriz, no fueron visitadas por el Ilmo. Sr. Camacho; porque no tenían necesidad de la Visita. Ellas estaban bajo la penetrante mirada del Prelado; que con el celo que le distinguió, vigilaba sobre todas las Iglesias, Capillas y lugares piadosos de su capital: y día por día, momento por momento estaba enterado de todo lo ocurrente relativo al culto, á la doctrina y á las costumbres en todos los ángulos de la ciudad episcopal. Con este conocimiento de todas las cosas que le incumbian, aun en sus pormenores, proveia á todo de plano, pronta y eficazmente, sin necesidad de la Visita en forma y rigor canónico. La vigilancia continua que el Ilmo. Sr. Camacho ejercia en la ciudad de Querétaro sobre todo lo de su competencia, valia tanto como la Visita periódica; y llenaba tan cumplidamente como ésta el espíritu y el objeto de los cánones.

ponia visitar la Parroquia de Atarjea, que es la más apartada de la capital, le acompañaron en carruaje, desde San José Iturbide hasta el Puerto de Piñones, el respetable Sr. Cura Lic. D. Nicolás Campa, y cinco amigos suyos: de este último punto no era ya posible continuar el camino en carruaje; en el cual regresaron las seis personas dichas; y el Sr. Obispo, cabalgando en mula y sobre la montura que usaba un criado, continuó el camino, sin más comitiva que un respetable sacerdote, un clérigo Minorista, un doméstico y un guía. Esta era toda la comitiva de un Príncipe de la Iglesia; y el equipaje de los tres era tan económico que no completaba la carga regular de una mula.

Y no se crea que estas estrecheces y las penalidades á ellas consiguientes turbaran la calma, ni alteraran el humor habitual del Ilmo. Obispo. Despues de un dia entero de penoso camino, sin más alimentación que la que podian proporcionar en sus pobrísimas rancherías los infelices indígenas, se alojaba contento bajo el techo desvencijado de algun viejo jacal, alentando con su buen humor á sus compañeros de viaje, y llenando de regocijada edificacion á sus indigentes huéspedes. Una vez en el Pinal de San Agustin, tuvieron que pasar toda una noche (el Sr. Obispo y su pequeña comitiva) casi á campo raso. El frio era intensísimo, y el viento era casi un huracan continuado. No habia más que un jacal, muy parecido á un huacal: allí se refugiaron los pasajeros; y como los abrigos no eran muy abundantes, tuvieron que envolverse la cabeza con los pañuelos, sin lograr dormir un momento, y sólo distraidos por la conversacion del Sr. Obispo, que aun allí era festiva y amena.¹

Ni la fatiga consiguiente á caminos largos y penosos enfriaba su celo, ó le obligaba á buscar el reposo. Acabando de rendir molestísimas jornadas, y despues de una larga temporada de hacer caminos, llegando á algun lugar, se dedicaba luego á la administracion de los Sacramentos, ó á las funciones propias de la Visita pastoral. "Pasarian tres meses, y los amigos que fuimos al Puerto de Piñones, nos encontrábamos en Cieneguilla para abrazar á nuestro Prelado á su vuelta de Atarjea, y acompañarle hasta esta poblacion (Iturbide). Encontramos

¹ Tomamos este dato, á la letra, de una carta del muy estimable Sr. Cura, Lic. D. Nicolás Campa, digno Párroco de Iturbide; á cuya finura y buena voluntad debemos noticias fehacientes, que sin su amabilidad nunca habríamos tenido; y por las cuales le debemos perpétua gratitud.

al infatigable Pastor haciendo Confirmaciones, en cuya ocupacion duró hasta muy entrada la noche."¹

En esas largas y trabajosas expediciones el Ilmo. Sr. Camacho á nadie queria ser gravoso. Ni los Párrocos cuyas iglesias visitaba, ni los feligreses de esas parroquias tenian que temer la Visita de su Pastor por causa de gravámenes, dispendios ni molestias de ningun género. Cuando visitaba las Parroquias de fuera de la ciudad, tenia especial cuidado de recomendar dos cosas principalmente. La primera, que los señores Curas no pidieran á sus feligreses muebles prestados, ni aun simplemente trastos para el servicio de la comida: y luego que notaba algo, que calculaba extraordinario, atendida la pobreza de las Parroquias, manifestaba francamente su disgusto, aun con alguna severidad. Su segundo encargo era, que evitaran cuanto les fuera posible todo lo que el Sr. Obispo llamaba *mitote*, en su recepcion. Sobre esto le oia yo algunas reflexiones que creo oportuno referir. Decia: *Esas entradas como de triunfo en las grandes poblaciones, no son más que un pretexto para un paseo público, y para el fomento de la vanidad de aquellos que pueden lucir sus mejores trajes y sus elegantes carruajes. No se encuentra qué cara poner: si risueña, dirán—¡que satisfecho va el Sr. Obispo; cuánto le agrada lo que pasa!—si seria, dirán—¡qué orgulloso es el Sr. Obispo; juzga que todo se lo merece, y que nosotros, como lacayos, cumplimos con nuestro deber!—Muy lejos estoy de desaprobá las manifestaciones públicas de respeto al Prelado; pero ¡qué difícil es que en ellas domine, en lo general, el espíritu verdaderamente religioso! No sucede lo mismo en las poblaciones cortas, y donde los vecinos son generalmente sencillos.*"¹

La afabilidad y complacencia recomendada á los Obispos por nuestro Concilio III.^o Mexicano (Lib. III. tit. I. De cura subdit., etc. § 1.), era habitual en el Ilmo. Sr. Camacho; pero en algunos casos, y especialmente en sus Visitas la manifestaba de una manera conmovedora. "Luego que se acercaba al pueblo, ranchería ó hacienda donde debia hacer jornada, se apeaba del caballo ó del coche, se incorporaba á los que habian salido á recibirle; y era un espectáculo verdaderamente tier no y conmovedor, observar aquel hombre tan respetable y tan respetado."

¹ Carta citada.

do, acariciando bondadosamente á los niños, saludando amable á todos y bendiciéndoles con paternal cariño. ¹

El Ilmo. Sr. Camacho, delicadamente caballeroso por educacion, por corazon y por eminente cristiandad, se atemperaba en su trato á cada clase de personas con quienes comunicaba. Sin usar de vanas fórmulas, sabia alternar con la mejor sociedad, y nunca se encontraba cortado en medio del círculo más selecto. Pero siempre notamos en él marcada preferencia hácia dos clases de personas; á saber, los pobres y los niños. Y en ninguna otra parte como en sus Visitas á los pueblitos pequeños, á las miserables rancherías, se le presentaba ocasion más propicia para manifestar esas sus preferencias. Siempre estaba visible y accesible para el pobre y el miserable: siempre podian acercársele los niños, en solicitud de su bendicion, por más desaseados, por más andrajosos que estuvieran. El que no recibia, sino con pena, cualquier obsequio de una persona acomodada, aceptaba con gusto, con semblante risueño, esos regalillos insignificantes que suelen ofrecer los pobres, cercenándolos de su pobreza misma. «Una ocasion, confesando el Sr. Obispo á un muchacho, éste le entregó un bultito que contenia . . . gorditas de maíz, que la madre del penitente le enviaba para que las comiera en el camino.» ² Y el buen Obispo las recibió con gusto; y estamos ciertos de que las comeria tambien con gusto; recordando y bendiciendo á la que, acaso como la viuda del Evangelio, *de su misma pobreza habia dado lo que tenia y necesitaba para su sustento.* (Luc. XXI.)

Descendemos á estos detalles que parecerán triviales, porque ellos revelan al hombre tal cual es; no en posicion oficial, no en la tension impuesta por el deber; sino en la espontaneidad del corazon, en ese insolemne abandono que deja estudiar y penetrar el carácter, en las escenas más sencillas de la vida. ¡Feliz aquel que se atrae naturalmente el amor y la confianza de los pobres y de los niños! Ciertamente que él ha aprovechado mucho del ejemplo de Aquel, que aducia como una de las pruebas incontestables de la divinidad de su mision, el hecho de *que son evangelizados los pobres*; que adjudicaba á los niños, y á los que como ellos son, el reino de los cielos, como cosa que señaladamente á ellos pertenecia. (Luc. VII. 22. XVIII. 16.)

¹ La misma carta.
² Carta ántes citada.

Cuando el Sr. Camacho regresaba de sus largas excursiones en Visita pastoral, traia ocupado su espíritu de los males que habia visto; de las miserias morales y sociales que habia presenciado, que habia palpado: pensaba en los medios que deberian ponerse en accion para realizar el bien; y lamentaba lo desproporcionado de los elementos con que podia contar para satisfacer los deseos de su corazon; grande como la caridad que le alentaba, ávido del bien como la esperanza del que poco puede; pero firme y constante como la fé del que sólo confía en las misericordias del Señor.

En cierta ocasion, al regresar el Ilmo. Sr. Camacho de su Visita á la Parroquia más remota de la diócesis, algunas personas que le amaban salieron á su encuentro, y le rodeaban esperando con ansia oír de su boca la narracion de los incidentes de una mision tan larga y trabajosa; pero por regiones pintorescas, y que tienen, para el que por primera vez las recorre, todo el prestigio de lo desconocido. «Pero el Sr. Obispo, ocupándose del fondo, cuando ya estábamos solos, hacia reflexiones dignas de su celo ejemplar por las mejoras morales y aun materiales de aquellos infelices pueblos. Nada de lo que llamariamos *impresiones de viaje*; ni una descripcion de aquellos paisajes verdaderamente pintorescos: no, nada de paja en la conversacion de aquel Obispo apostólico, cuyo corazon sólo venia impresionado tristemente de la falta de operarios para trabajar en el bien de tantos infelices como viven en la ignorancia, en la miseria y en cierta especie de degradacion moral; *debida* (recuerdo sus palabras) *á que los que comemos pan y nos llamamos católicos civilizados, lo mismo que los que rigen los destinos de nuestro país, sólo nos ocupamos de la maldita política, y de nuestro refinado egoísmo.* ¹

Si el espíritu que anima á los que sobre los montes anuncian y predicen la paz, que anuncian la buena nueva y pregonan la salud (Isaiæ LII.), consintiera que se escribieran sus itinerarios; que se consignaran las memorias de sus apostólicas peregrinaciones, hoy podria una pluma diestra escribir algo parecido á una piadosa epopeya; narrando solamente las humildes, oscuras, caritativas proezas del Ilmo. Sr. Camacho; que recorria en todo sentido las abruptas montañas de la region del Xichú, haciendo el bien que podia y lamentándose de lo que no podia;

¹ Carta ántes citada.